23 Abril 1962

Repetido

Un problema de señoritos

por Joaquín CALVO-SOTELO

De la Real Academia Española

LOS avances gigantescos de la astronáutica, los éxitos ya inminentes, para los que se marcan fechas por anticipado y se hacen previsiones, nos permiten suponer que la exploración de los más cercanos planetas es cosa ya de pocos años, quizás de meses. La Luna está a nuestro alcance, y Marte, menos asequible, nos revelará su misterio—bien puede asegurarse—en un plazo muy breve.

Hay sectores—aparte de los técnicos directamente alcanzados por las consecuencias de esos triunfos—en estado de permanente excitación y asombro. Científicos, militares, filósofos, sociólogos y poetas, ante la simple noticia del lanzamiento de las naves que se preparan para tan asombrosos periplos, se mantienen en trance. Pero existen otros sectores, numéricamente anchísimos, a los cuales todo esto les sale por una friolera. Ni les ilusiona ni les interesa. Diríase que carecen de la conciencia de su tiempo y que, dada la limitación de su universo, igual les hubiese dado vivir nuestra época que la de los faraones o la de los asirios.

No sé si este problema es un problema de lujo que sólo sienten como tal aquellos que ya resolvieron o superaron los suyos, minúsculos, pero acuciantes. No sé si la Luna sólo empieza a preocupar a partir del momento en que la Tierra no nos agobia demasiado, y si así fuese habría que pensar que la conquista de los astros es una empresa de señoritos, uno de esos temas a los que algunos críticos bastante más graciosos y divertidos de lo que se suponen abruman con el adjetivo del supremo desdén: burgués.

La terrible dureza de la vida circundante, cotidiana, no da lugar a respiro para muchos menesterosos. Tan difícil resulta comer, vestir, cobijarse, que no queda tiempo que sobre para solidarizarse con otras inquietudes, sea cual sea su ámbito y su nobleza. El "primum vivere" manda tan imperativamente sobre nosotros que se comprende la inhibición, el qué se me da a mí, el encogimiento de hombros. Porque cada vez con mayor claridad se advierte que el círculo afectivo inmediato sigue teniendo hoy un radio que no difiere mucho del que conoció el hombre de las cavernas, aunque el exterior se haya ensanchado de tan prodigiosa e inacacable forma. Preocupa la tos ferina del niño, y al tableteo de la radio de Glenn sólo se le presta atención cuando el enfermo parece haber recuperado su salud. Seduce la posesión de Marte; pero, para muchos, sólo en la medida en que de allí nos lleguen preventivos contra el cáncer o se creen nuevos puestos que hagan menos angustiosos los porcentajes de las oposiciones. Esto es, cada uno se apasiona por esas inmensas conquistas en la medida en que piensa obtener un provecho o una mejora para su propio peculio. Falta, pues, una conciencia colectiva lo suficientemente afinada y generosa como para vanagloriarse de ellas por el solo hecho de ser rigurosamente su contemporáneo.

Paralela a esta época, y en cierto modo similar, sólo otra conoció el hombre, que fué la del descubrimiento de América. De improviso, el mundo entero se multiplicó por dos—la invención de la luz eléctrica produjo efectos análogos—, y al humilde lugareño de Extremadura y de Castilla se le ensancharon mágicamente las alas. Ahora bien, ese hecho sensacional dejó su impronta bien visible por todas partes y hay un algo, inexpresable pero patente, que nos permite adivinar la fuerza que el año 1492 tuvo como divisoria en la vida humana. No sé si es que nos falta perspectiva, pero se me antoja que nos disponemos a "snobear" la llegada a Marte o a confundirla como una noticia más, sin demasiado relieve, en la calderilla de las prosaicas vulgaridades de cada día.

—¿Qué quiere usted que haga? —me preguntará la empleada del Metro o el limpiabotas de la esquina, el pobre funcionario al que agobia la longitud del mes y la exigüidad de las pagas—. Si el dinero que se va a gastar en cerciorarse que Marte está deshabitado se invirtiese en darnos habitaciones a los que no las tenemos, mejor nos iría, ¿no le parese? ¿A qué ir a curiosear en la casa del vecino cuando aún tenemos la nuestra por construir o, al menos, por arreglar? A mí, la Luna no me resuelve nada...

Y es verdad. En nada alterará sus hábitos, ni aminorará sus dificultades, ni aligerará su porvenir; pero, sin embargo, es indudable que a partir de esa fecha, la que sea, todos experimentaremos los embates de una revolución decisiva, que de una o de otra manera, para bien o para mal, nos afectará profundamente. ¡Qué terrible tirón produjo en el orbe entonces conocido la aparición de América tras el biombo de niebla y de misterio que lo mantuvo oculto durante milenios de la prehistoria y quince siglos de la era cristiana! La huella, la presencia de América, se acusa hoy en las grandes y en las pequeñas cosas con una terrible fuerza. Portaaviones y bebidas refrescantes, el dólar y el Pentágono: de tan varios ángulos nos llegan los reflejos de un continentes que hasta los Reyes Católicos vivió sumergido en la ignorancia, en la incomunicación, en la nada. ¿De qué forma, pues, nos influirá la exploración de la Luna, el aliento de Marte? ¿Qué nuevos perfiles tomará la Tierra cuando ya se haya establecido el contacto con esos nuevos mundos?

Con independencia de tan sensacionales acaecimientos, el dolor o la dicha seguirán siendo distribuídos al azar entre los humanos; pero nuestra coetaneidad con esas jornadas asombrosas será un premio; en unos casos, una compensación, un consuelo al menos.

A nuestro tiempo tan fabulosa odisea lo redimirá de otras taras que lo emporcaban. Habremos sido los hombres de Katyn y de Hiroshima, pongámoslos como símbolos de dos distintas afrentas; pero también los hombres de la Luna o de Marte. Con que Dios nos deje consumir apaciblemente la cuota vital media que nos corresponde, veremos esas metas alcanzadas. Habremos recorrido así un arco inigualado por ninguna generación de nuestro planeta, un planeta al que después de ese triunfo será injusto seguir, a la manera de Ortega, tildándolo despectivamente de mediocre.